

Este palacio ubicado en el centro de Tineo, que en su momento fue propiedad del capitán tinetense que acabó con el legendario pirata Barbarroja, celebra cinco siglos de existencia –ahora convertido en hotel– con dos grandes exposiciones dedicadas a dos destacados artistas del concejo: Lucas Santiago y César Castaño. Dos propuestas muy originales y enraizadas en el territorio

El palacio de Merás cumple 500 años

Los actos del V Centenario del emblemático edificio de Tineo se han abierto al público con sendas exposiciones de dos notables artistas: César Castaño y Lucas Santiago



● ALICIA VALLINA

García Fernández de la Plaza recibió de Carlos I los títulos de alférez, noble y capitán por haber logrado acabar con la vida de uno de los más temidos corsarios otomanos: Aroudj Barbarroja. Incluso a punto estuvo de ser nombrado gobernador general de Argelia, cargo del que finalmente le liberó el monarca, permitiéndole así regresar a su Asturias natal y adquirir, con el gran botín obtenido en contienda por su heroicidad, el magnífico palacio de Merás, propiedad, por aquel entonces, de la importante familia leonesa de los Quiñones. Como bien recoge el historiador y cronista tinetense Senén González en su obra titulada «Origen y descendencia de la ilustre casa de Merás», García Fernández de la Plaza murió sin descendencia, por lo que todos sus bienes, incluido el palacio, fueron heredados por su hermana Aldonza, esposa de Sancho García de Merás, quien lo restauró parcialmente.

El palacio fue, durante siglos, un lugar de celebraciones y reuniones hidalgas. Más tarde se convirtió en casino, en sede del ayuntamiento e incluso en cuartel de las fuerzas nacionales durante la Guerra Civil española. Hoy, 500 años después, es una magnífica y señorial construcción que se yergue en medio de la villa de Tineo (a pocos pasos del lugar donde el general Rafael del Riego invitó al levantamiento, el 4 de octubre de 1820) gracias a la generosa labor de restauración llevada a cabo por el empresario Benjamín Alba quien, siguiendo los deseos de su padre Valentín, lo ha convertido en un lugar de encuentro, de cultura y de paso obligado del Camino de Santiago, pues alberga también un alojamiento para peregrinos.

De este modo, y con la idea de con-

vertirlas en joyas casi tan imponentes como el propio palacio, se han gestado dentro de sus muros como actos inaugurales de la celebración del quinto centenario de su construcción, dos grandes exposiciones que podrán visitarse, de modo completamente gratuito, hasta que finalice el año.

Por una parte, la titulada «Vacuo», del artista Lucas Santiago, en la que, a modo de metáfora, rescata objetos sin ningún valor procedentes de pueblos abandonados para devolverlos a la vida, convirtiéndolos en auténticas joyas artísticas. A partir de estos objetos y de fotografías que fue realizando en sus visitas a aldeas, Lucas Santiago trata de revalorizar la cultura rural evitando que caiga en el ol-



A la izquierda, Lucas Santiago y dos de sus obras. A la derecha, César Castaño y dos de sus esculturas.



Dos imágenes del Palacio de Merás, en Tineo, antes y después de su restauración en el año 2008.



vido y haciendo un ejercicio de memoria colectiva para huir del desarraigo. Es de ese mundo del que el artista obtiene los materiales con los que trabaja (maderas, huesos, piedras, cuernos) y en los que se aprecian las huellas del desgaste del paso del tiempo. Santiago hace referencia con el título de la muestra a esa idea de vacío que se muestra en estos lugares abandonados que guardan secretos, vivencias y recuerdos de unos moradores que no regresarán jamás. «Se trata de que las personas reflexionen sobre la pérdida del folclore y de la cultura en general porque, en mi opinión, la reserva espiritual de la sociedad está en los pueblos», nos cuenta el propio artista. Para Santiago se trata de evitar que los objetos rescatados de estos lugares pierdan su historia, su esencia y la de los hombres y mujeres que los emplearon. Por eso, parte de esta muestra se exhibe en antiguas mesitas.

Por su parte, el escultor César Castaño, un herrero de larga tradición familiar pues su padre y su abuelo también lo fueron, rescata en sus obras, expuestas en el piso superior del palacio, el regreso a los orígenes y a la tradición primigenia del trabajo en la fragua, convirtiéndolo en una expresión artística honesta y de profunda y hermosa sencillez. En ocasiones sus esculturas se sostienen sobre maderas que encuentra por azar y que están sometidas a los cambios y al discurrir de la propia naturaleza, en otras emplea el hierro o el acero corten para darles forma, siempre centrado en temas vinculados a la tierra asturiana. Castaño trabaja el metal con enorme convicción hasta doblarlo, creando figuras ligeras y delicadas que parecen querer tocar el cielo con sus fisonomías casi de otro mundo. Sus personajes nos recuerdan a los santos de El Greco o a los protagonistas de las esculturas del artista de origen suizo Alberto Giacometti, extremadamente delgados cuyas extremidades se alargan para tocarse, elevarse o enredarse en sí mismas.

Algunos de los trabajos de César Castaño se encuentran hoy en instituciones culturales de enorme prestigio y en algunas de las colecciones privadas más reconocidas internacionalmente como la del mecenas astur-mexicano Juan Antonio Pérez Simón que, con enorme generosidad, ha prestado varias de ellas para la exposición.

En definitiva, dos exposiciones que tratan de rescatar el trabajo rural y primigenio, la memoria de la colectividad y la vuelta a los orígenes en uno de los marcos más espectaculares y con más historia de Asturias: el palacio de Merás, una joya arquitectónica que late con más fuerza que nunca después de 500 años.

Trotamundos

El escritor allerano Eduardo Alonso continúa con su serie veraniega sobre grandes viajeros. Hoy detalla la hazaña de Diego de Ordaz, soldado de Cortés en México y el primero en acometer la hazaña de subir al volcán Popocatepetl, la cumbre que dominaba la gran Tenochtitlán

Un leonés en el gran volcán de México

Diego de Ordaz fue el primero en subir al Popocatepetl desde cuya cima vio la laguna y la gran Tenochtitlán



● EDUARDO ALONSO



En 1953 Edmund Hillary escaló con el sherpa Tenzing Norgay el Everest «porque estaba allí». Hace cinco siglos, en octubre 1519, un capitán de Hernán Cortés subió hasta la boca del nevado Popocatepetl por lo mismo, «por la codicia de ver qué cosa era» aquel monte de 5.426 metros que echaba fuego. Fue quizás el primer hombre que llegó a la cima porque para los indios mexicanos el volcán era horroroso y sagrado. El montañero se llamaba Diego de Ordaz, natural del reino de León, de Castroverde, hoy provincia de Zamora, tenía 39 años y era capitán de soldados y ballesteros, aunque no tenía caballo, sino una yegua rucia, machorra y de poco comer.

Los cuatrocientos hombres de Cortés esperaban en Tlaxcala la aprobación de Moctezuma para ir a la gran ciudad de Tenochtitlán. Descansaban del viaje de dos semanas desde la costa y de varias batallas contra los bravosos tlaxcaltecas. Veían a lo lejos la montaña nevada y se admiraban del «grande bulto de humo que subía tan derecho como una vela, y con tantísima fuerza que ni el viento lo podía torcer». Diego de Ordaz demandó a Hernán Cortés licencia para subir a la cima.

—Subid, os lo mando. Llevaos dos soldados y una decena de indios.

La astucia de Cortés era un arma tan decisiva como las espadas de hierro, escopetas, falconetes, perros de presa y los temibles caballos. La hazaña de uno de sus hombres lo reivindicaba ante el gran rey mexicano.

El camino era áspero y por miedo y por respeto a Huehuetéotl, dios del fuego, los indios de detuvieron en un adoratorio que había a medio monte.

—De aquí no pasamos —dijeron.

Ordaz y sus compañeros siguieron la escalada, pero la montaña a

tembló, se estremeció toda la sierra y el volcán comenzó a escupir grandes llamaradas de fuego, ceniza y piedrezuelas quemadas. Los montañeros se cobijaron bajo una roca, hasta que una hora después paró la erupción.

Bernal Díaz del Castillo, que se tiene por el único cronista «verdadero» de la conquista de México, oyó al propio Ordaz decir que «subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha como un cuarto de legua...» En el fondo del cráter retumbaba el ruido, y como subía el humo y el calor era insufrible, los dos exploradores dieron la vuelta y bajaron por las mismas pisadas para no perderse.

LA VISTA MÁS HERMOSA

Ordaz contó su peligroso viaje «gozoso y admirado» de lo que había visto. Su premio fue contemplar desde la cumbre el valle de México, «toda la laguna y los pueblos blancos que están en ella, con sus torres, y la gran ciudad de México». «No creo que haya en el mundo vista más hermosa», escribió Bernal, cuando pasó con el ejército de Cortés entre el Popocatepetl y el Iztaccíhuat, camino de la capital azteca. Unas semanas después, el 8 de noviembre de 1519, los españoles y mil porteadores y guerreros tlaxcaltecas entraron en México y vieron «cosas de encantamiento, como las que se cuentan en los libros de Amadís».

Vencer la naturaleza hostil y contemplar el paisaje desde una cima son los premios del montañero: un placer visual, íntimo y breve. Ordaz amplió esta recompensa con un escudo de armas que obtuvo del emperador Carlos V en el que figura un volcán escupiendo fuego.

El leonés fue un explorador intrépido. Recorrió la provincia de Coatzacoalcos y la liberó de los guerreros mexicas que violaban y robaban mujeres. Años después, en 1539, exploró la costa de Venezuela al mando de una flota de cuatro carabelas, llegó a la embocadura del Amazonas, penetró en el estuario y perdió tres navíos. Al regreso en la nao capitana, remontó el Orinoco más de 600 km en busca de El Dorado, aquel territorio mítico con casas de oro y lechones colgados de los árboles, a pedir de boca.

Según Bernal, Diego de Ordaz era «hombre entendido y leal, membrudo, de buena estatura, de rostro robusto, barba prieta y algo tartajoso». Murió en 1532 en el galeón que lo traía a España.